
El Dios [...] que a todos otorgó la heredad, el reino, el sacerdocio y la santidad [...]¹

Elizabeth Juárez Cerdi
El Colegio de Michoacán

Introducción

Una de las repercusiones que trajo consigo el Concilio Vaticano II fue el surgimiento de nuevos movimientos laicos que aprovechando la apertura de espacios, y la invitación que se les hizo a participar activamente, irrumpieron en la dinámica eclesial. Uno de estos movimientos es el de la Renovación Carismática en el Espíritu Santo.

Los grupos carismáticos nacieron dentro de la Iglesia Católica, en Estados Unidos a fines de los años sesenta, pero sus lineamientos principales provienen de los movimientos pentecostales protestantes de principios de siglo. Desde su inicio, y en parte debido a este origen, la Renovación se ha enfrentado a una jerarquía católica muy recelosa que no la acepta fácilmente; sobre todo, está el hecho de que es un movimiento iniciado y dirigido exclusivamente por laicos, que propone nuevas prácticas, acciones y formas de conducta que tradicionalmente no eran vistas entre los católicos, y mucho menos, al interior de los templos; que utiliza un nuevo discurso en donde se enfatiza el sacerdocio de todos los fieles y la posibilidad de que “aun los más pequeños e insignificantes” pueden ser receptores de los dones extraordinarios otorgados por el Espíritu Santo.

La Renovación Carismática, además, presenta características muy particulares como son: expresiones muy emotivas en sus reuniones, en donde la libertad y la espontaneidad predominan; la realización de asambleas de oración masivas en donde se utilizan cantos, aplausos y todo el cuerpo “para alabar a Dios”; la realización de retiros y encuentros en donde, a decir de los creyentes, se producen curaciones mila-

grossas por medio de la “oración de sanación”; la creación de ministerios especializados asociados a los carismas o dones extraordinarios otorgados por el Espíritu Santo en el Segundo Bautizo o “Bautizo en el Espíritu” y la creación de pequeñas comunidades (a semejanza de los núcleos de primeros cristianos) que muchas veces nacen y crecen independientes de la Iglesia y de su jerarquía.

Durante la década de los setenta, el Movimiento de Renovación creció rápidamente en toda la Unión Americana y de ahí se extendió a otros lugares del mundo; llegó a México en 1970 promovido por los Misioneros del Espíritu Santo, congregados en la Iglesia del Altílo en el Distrito Federal, al poco tiempo de su establecimiento fue adoptado y dirigido por el Secretariado Social Mexicano,² lo que permitió a la jerarquía católica mexicana “vigilar el buen desarrollo” del Movimiento, “suavizar” muchas de sus características protestantes y sobre todo evitar la creación de “una iglesia paralela” que creciera independiente de la institución católica. Del Distrito Federal se difunde a otros estados del país.

En 1973 la Renovación arribó a Zamora, Mich.; el iniciador fue un sacerdote católico, originario de esta población que viajó a Roma, en donde conoció la nueva propuesta religiosa por medio de un sacerdote norteamericano. El clérigo zamorano vio la Renovación como una forma de revitalizar las prácticas religiosas en su ciudad. Después de 21 años de establecido este Movimiento en Zamora, la participación de los laicos ha dado origen a un fenómeno que tiene que ver con el cuestionamiento de las estructuras de poder de la institución eclesiástica. Y es la posesión de “carismas” o dones sobrenaturales otorgados por el Espíritu Santo a los dirigentes laicos, el elemento que enfrenta a éstos con una parte de los sacerdotes católicos de la diócesis.

Este enfrentamiento por el liderazgo y dirección de los grupos carismáticos puede ser observado y analizado a través del discurso que sacerdotes y dirigentes laicos utilizan para descalificarse mutuamente,³ como lo veremos en el presente estudio de caso.

Un punto de partida

Una de las partes más importantes de la sociología política de Max Weber es su análisis sobre el poder, al que define como “la probabili-

dad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad".⁴ Para Weber el poder forma parte de una relación social, pero asimétrica ya que se sustenta en el control diferencial de los recursos de dominación.⁵ Ahora bien, si entendemos el poder sólo como el atributo (o capacidad) de uno o varios individuos para imponer su propia voluntad no podremos captar cómo es que se lleva a cabo el ejercicio del poder, ni el espacio donde se enfrentan los actores al competir por los recursos. Por ello consideramos que la propuesta de M. Weber puede ser más útil, en este estudio, si tomamos en cuenta también los planteamientos de M. Foucault, ya que su análisis sobre el poder⁶ es el que mejor nos permite observar la capacidad creativa que un individuo, o grupo, pone en juego cuando ve amenazado su ejercicio de poder. Sobre todo, es quien, al hablar del poder disciplinario, nos muestra las estrategias y tácticas que este individuo, o grupo, puede utilizar para salvaguardar su posición.

Otra aportación que nos hace Foucault es mostrarnos que existe una relación dialéctica entre poder, saber y verdad; y que cualquier forma de poder presupone un discurso en donde se materializan las tácticas y estrategias que se ponen en tensión y se justifican los puestos de autoridad y el uso de "una verdad absoluta" El discurso, visto en este contexto, constituye la arena donde van a aflorar la estructura de dominación de la institución religiosa y el conflicto que se presenta cuando los laicos buscan irrumpir en un espacio que tradicionalmente no les corresponde.

Los actores

Aun cuando la Iglesia Católica de esta diócesis, como institución, no es homogénea, y en su interior existen tensiones, conflictos y grados diferentes de poder y autoridad, el discurso que ella ha utilizado para "controlar los excesos" que, según los sacerdotes, se dan en las prácticas de los carismáticos y "mantener en su lugar" a los líderes renovados, la hace aparecer como una unidad en la que todos los clérigos de la diócesis "defienden" su posición de "vicarios de Cristo".⁷ Esta reacción como punto de consenso y sentimiento común es un supuesto básico en este trabajo.

Con el Concilio Vaticano II se abre un nuevo espacio de actuación tanto para los clérigos como para los laicos, Martín de la Rosa, menciona que en México, antes de este Concilio:

Las cosas eran claras. El laico sabía la lista de cosas que debía hacer y las que debía evitar para estar en “orden”; cuando se salía de ese orden, sabía también cómo volver al redil. El sacerdote conocía perfectamente sus obligaciones ministeriales; la forma de impartir los sacramentos la tenía perfectamente delineada hasta en sus últimos detalles; su papel en la sociedad estaba claramente definido [...] la autoridad del papa y del obispo era incontestable, prácticamente sin apelación, (De la Rosa, 1979: 88).

A partir de 1965 esta realidad se vuelve menos nítida ya que El Concilio trajo, como decía Paulo VI, “los aires de la renovación a la Iglesia Católica”. Estos “aires” consistieron en una serie de innovaciones, entre ellas la sugerencia de que los laicos tuvieran mayor participación en la vida de la Iglesia. Un elemento que trajo consigo esta serie de cambios fue el establecimiento de nuevas relaciones de poder al interior de la Iglesia Católica, entre sacerdotes de diferentes rangos y aun entre clérigos y laicos.

La mayor intervención de los seculares en “la vida de la Iglesia” ha tenido repercusiones no previstas por la jerarquía católica, un ejemplo bien conocido es el caso de la Teología de la Liberación, y como veremos, el del Movimiento de la Renovación Carismática que ha generado ya algunos problemas entre los “pastores y las ovejas”.

La mejor manera de ejemplificar estos conflictos es mediante el discurso institucionalizado que utilizan los sacerdotes encargados de dar la enseñanza en los diferentes cursos y talleres que se imparten en los grupos pertenecientes al Movimiento en esta ciudad y con la opinión que los dirigentes “renovados” tienen de algunos clérigos.

Recordemos que el Movimiento de Renovación Carismática es una de las respuestas que dan los laicos en Estados Unidos a una institución que se venía caracterizando por su anquilosamiento y que intenta revitalizarse con una serie de cambios que se proponen en el Concilio Vaticano II. Esta nueva propuesta religiosa, como ya se mencionó, llega a la ciudad estudiada en 1973, por iniciativa de un sacerdote originario de esta población, quien inició conformando pequeños grupos con sus

amistades, posteriormente es nombrado párroco en una colonia popular y empieza a fomentar las prácticas carismáticas entre sus fieles.

La Renovación fue aceptada por la gente de la colonia, no así por la máxima autoridad diocesana, quien reprende al iniciador por la introducción del Movimiento en la parroquia a su cargo y convoca a dos sacerdotes prominentes de la diócesis para deliberar si esta propuesta es “peligrosa” o no. Al conocer el origen y desarrollo de la Renovación dentro de la Iglesia Católica, el obispo da su anuencia para que el iniciador continúe alentando la creación de grupos carismáticos, con la advertencia de que lo deberá mantener enterado del desarrollo de éstos. En 1975 este obispo es trasladado a la ciudad de Guadalajara; la nueva autoridad eclesiástica que llega no interfiere en el trabajo del sacerdote iniciador, por lo que él continúa fomentando la Renovación.

Al inicio de la década de los ochenta la Renovación se ha extendido en gran parte de la ciudad, sobre todo en aquellas parroquias a donde es trasladado el sacerdote fundador. En 1985, el Movimiento de Renovación, como una más de las organizaciones de laicos, es ubicada en el Centro de Pastoral Social, en donde convive con Acción Católica, Movimiento Familiar Cristiano, Caballeros de Colón, Movimiento de Cursillos de Cristiandad, Encuentros Matrimoniales, Caritas y la Asociación de Exalumnos del Seminario.

Para este momento ya se ha complejizado la organización del Movimiento y formado un grupo de líderes laicos que colaboraban con el sacerdote iniciador (sobre quien recaía la mayor parte de la responsabilidad, dirección y preparación de los miembros de la Renovación). Estos líderes reciben el nombre de “servidores mayores” y llegan a este nivel después de varios años dentro del Movimiento y de haber pasado por varios cursos en donde se preparan para desempeñar cargos como los de coordinadores generales, de talleres, de cursos de iniciación, de ministerios, etc. Aunado a la antigüedad y preparación doctrinal, casi siempre el “servidor mayor” es reconocido como el poseedor de un don sobrenatural, o carisma, otorgado por el “Bautizo en el Espíritu Santo”.

En este tiempo también empiezan a surgir algunos problemas con los grupos de renovados, pues varios sacerdotes de la diócesis no están de acuerdo con las prácticas carismáticas ni con lo que ellos consideran “excesos”, es decir con las asambleas de oración en donde los asistentes manifiestan abierta y espontáneamente sus sentimientos y se produ-

cen, según el decir de la gente, curaciones milagrosas gracias a la oración realizada por los servidores mayores. Otro punto de tensión se presenta (y creo que fue el principal), porque, según un clérigo de esta diócesis, los servidores mayores “quieren desplazar al sacerdote en algunas de sus funciones, porque piensan que traen al Espíritu Santo en la mano” (*Diario*, No. 2-III, p. 58).

Así, el poder simbólico que empiezan a adquirir los dirigentes se ve fundamentado, más que en su preparación doctrinal, en sus dones, sobre todo en aquellos considerados por los miembros comunes como extraordinarios (don de curación, visión, profecía, etc.) Aunado a ello, los dirigentes empiezan a inconformarse pues en varias parroquias en las que se han organizado grupos de carismáticos, el clérigo encargado no es “renovado”, por lo tanto no usa el mismo lenguaje que ellos y no entiende las manifestaciones y prácticas del Movimiento.

Debido a los “excesos”, la jerarquía eclesiástica interviene emitiendo un pequeño documento en donde se explicita la normatividad que deben seguir los grupos carismáticos de la diócesis. También se menciona que no existirá ningún núcleo de renovados que no esté bajo la dirección de un sacerdote, por lo cual todos los grupos formados deberán reunirse únicamente en la parroquia que les corresponda, para así evitar situaciones que se salgan del control de la Institución; ello implica para los carismáticos el *deber* de reconocer que los dirigentes laicos ubicados en el Centro de Pastoral no son la “autoridad” en el Movimiento, sino que, sobre ellos, existe un miembro de la jerarquía católica, que aun sin ser “renovado”, debe ser visto como cabeza de grupo, como quien tiene autoridad para tomar decisiones y, sobre todo, quien “sabe” sobre religión.

Aunque presentados de manera muy breve, estos datos pueden servirnos para contextualizar las expresiones discursivas utilizadas por algunos sacerdotes y por los líderes laicos de esta ciudad.

El discurso oficial

En la mayor parte del discurso clerical encontramos figuras de habla que advierten sobre los “peligros” que implica el papel de los dirigentes dentro de la Renovación, de metáforas que justifican la capacidad y

“deber” de los sacerdotes de ser los “pastores” de los grupos de laicos que se forman al interior de la Iglesia, esta capacidad está instituida desde “el mismo Jesucristo”, por lo tanto es indiscutible e inamovible.

El sacerdote ordenado y el carismático son instrumentos de Cristo y del Espíritu Santo, pero las sagradas órdenes hacen que quienes las reciben sean representantes *personales* de Cristo, los sacerdotes están facultados para actuar en nombre de Cristo. No sólo al consagrar o absolver los pecados actúan en nombre de Cristo, sino también cuando predicán, enseñan o en cualquier otra forma en que desempeñen una función sacerdotal. Los carismáticos, en cambio, son los portadores de una facultad de Cristo que no se confiere por las órdenes sagradas. No tienen autoridad para hablar o actuar en el nombre de Cristo como lo hace el sacerdote. Clérigos y seglares tienen funciones diferentes. Resulta muy lamentable ver actitudes de rebeldía o de desplazamiento en los casos de los carismáticos que por sentir que traen al Espíritu Santo en la mano se empeñan hasta la terquedad en hacer lo que ellos dicen, por más que la experiencia de años y de sentido común del sacerdote les haga ver que no es correcto hacer las cosas como ellos quieren o del modo que dicen (*Diario*, No. 2-III, p. 58).

También, ante el continuo cuestionamiento de que un sacerdote que no posee carismas (dones extraordinarios otorgados por el Espíritu Santo), no puede entender y dirigir un movimiento en donde el elemento principal es la manifestación de la esencia divina a través de eventos sobrenaturales (como son el hablar en lenguas y curaciones “milagrosas”) los clérigos mencionan que no es necesario que ellos posean estos “regalos del Espíritu Santo”, puesto que la Iglesia por sí misma ya posee un carisma que le fue conferido desde el principio de los tiempos; de tal forma es éste inherente a la Institución, que cada sacerdote, al ser ordenado y al imponerle las manos el obispo, queda investido de un carisma que le llega “línea directa” desde los apóstoles. Aunado a esto se encuentra el discurso “sabio” expresado por los clérigos y reconocido como un don sacerdotal. Razones más que válidas, según la jerarquía católica, para que los laicos acepten que el sacerdote esté por encima de aquellos que poseen manifestaciones extraordinarias.

Jesús instituyó la Iglesia en forma jerárquica, por eso no debe extrañar a los renovados que el Movimiento, su desarrollo, su cuidado y su prepara-

ción doctrinal estén bajo la autoridad de la jerarquía que en sí ya tiene un carisma fundamental. No se trata de una competencia de carismas, sino de la subordinación y reconocimiento de una institución que a la vez que tiene carismas, tiene la función de dirigir, enseñar y santificar al pueblo de Dios (*Diario*, No. 2-II, p. 61).

La capacidad de dirección lleva implícita, también, la aptitud de “discernir” sobre la veracidad de los dones que les son concedidos a los laicos mediante el “Bautizo en el Espíritu Santo”, de esta forma, al sacerdote le corresponde calificar o descalificar a aquellos seglares que poseen los carismas y que generalmente están en algún puesto de dirección dentro del Movimiento. Para los sacerdotes la función del carisma de discernimiento que ellos poseen es sólo la de detectar las irregularidades que puedan presentarse, sin embargo, es el mecanismo que mejor permite tener control de los miembros de la Renovación, sobre todo de quienes, por sentirse en una posición privilegiada (por tener un don extraordinario), cuestionan su papel de dirigentes.

A veces hay gente que entra en la Renovación porque tienen el deseo oculto de ser considerados en un nivel superior de santidad, ya que es muy halagador verse traído y llevado en boca de todos los que corren detrás de uno pidiendo oraciones, imposición de manos, consejo [...] hay servidores que imponen las manos y oran “por sanación” a quien se les ponga enfrente o evangelizan a quien sea sin saber bien lo que están enseñando y actúan de manera autónoma sin contar para nada con el permiso del párroco, van de grupo en grupo mostrando que ellos tienen los dones del señor, usando y abusando de ellos, si es que acaso son verdaderos. Para ellos la autoridad aun del obispo es secundaria, pues creen que son conducidos únicamente por el Espíritu Santo. Este es un grave problema con los servidores mayores (líderes) porque ellos son el punto al que miran todos los demás. Por eso es necesario, como ya dijo el obispo, que cada grupo de la Renovación cuente con un pastor (sacerdote) que los oriente, vigile y les llame la atención fraternalmente cuando se presenten estos casos (*Diario*, No. 2-III, p. 33).

En el caso de los sacerdotes de esta ciudad que están en relación con la Renovación Carismática, el poder que ellos poseen no podemos visualizarlo como un atributo personal (como sería el caso de los diri-

gentes del Movimiento que son líderes carismáticos en términos weberianos), sino como producto de la relación que el clérigo mantiene con la institución a la que pertenece y de la relación que éste establece con un grupo de consumidores de los bienes que la Iglesia distribuye.

Entendido el poder como una relación en la que se ponen en juego estrategias y tácticas, sólo lo podemos observar en nuestro estudio de caso, a través de sus mecanismos y modos de ejercicio; en donde el polo de irradiación de este poder es la Iglesia Católica y los hilos por los que lo ejerce serían los sacerdotes. Así, en las opiniones expresadas por diferentes clérigos de la diócesis podemos advertir cómo, mediante el discurso, la Institución sanciona ciertas conductas de los “renovados”, sobre todo aquellas que tienen que ver con el nuevo lugar que pretenden dentro de la práctica de dirección.

Los laicos están llamados a participar en la Iglesia, pero existe el peligro de que los que tienen un puesto de liderazgo quieran duplicar o hacer las funciones que corresponden al sacerdote. Si se permite que esto pase pueden llegar a reducir al sacerdote en un simple capellán que imparta sólo los sacramentos mientras el trabajo de evangelización, enseñanza y pastoral lo hagan los líderes carismáticos. Cada uno tiene su propia función, deben de complementarse y no de sustituirse (*Diario*, No. 2-III, p. 57).

Podemos observar cómo esta institución religiosa cuenta con mecanismos de control, o como dijera Foucault, dispositivos disciplinarios,⁸ que le permiten contrarrestar o prevenir comportamientos discordantes con la línea por ella planteada, uno de ellos, como podemos ver es la palabra hablada; a través de ella los clérigos de esta ciudad han querido autolegitimar y justificar su papel de “pastores” dentro de un movimiento de laicos. La Institución, a través de los vicarios de Cristo, hace uso del “formidable” poder legitimador del discurso religioso, cuya eficacia consiste en hacer aparecer como “querido por Dios” los particulares intereses de los que hablan.⁹

El control institucional también se logra a través de un sistema de “monitoreo” de los “pastores”, pues dentro del Movimiento no se realiza ninguna actividad sin contar con la presencia del párroco, por lo menos con su autorización. Conocemos el caso de un grupo de renovados que realizó diferentes reuniones sin consultar al sacerdote y éste

decidió (podríamos pensar que como represalia), que dentro de su parroquia no quería tener por más tiempo, grupos de la Renovación, por lo que les prohibió seguirse congregando en el salón parroquial para realizar las asambleas de oración.

La vigilancia de la “buena” enseñanza de la doctrina cristiana es una de las funciones de los clérigos; dentro del Movimiento de Renovación de esta población, esta tarea se logró al haber instituido un sitio especial para que se impartan las enseñanzas propias de la Renovación (como son los cursos de crecimiento, iniciación, talleres, etc.), ahí, aunque son seculares quienes dan los temas, siempre está presente el sacerdote encargado del Movimiento Carismático, incluso hay tópicos (como por ejemplo el de los “terrenos de satanás”) que sólo él puede impartir.

El sistema escolarizado que existe dentro del Movimiento nos habla de un control institucional que, pensamos, no fue meramente establecido para instruir a un conjunto de laicos, sino para que se vigile y “cuide” tanto lo que se dice, como la forma en la que se dice (ello implica supervisar no sólo el contenido temático de los cursos, sino también la bibliografía a la que recurren y la asistencia de los renovados a eventos a nivel regional y nacional organizados por el Movimiento Carismático Mexicano).

De aquí también podemos remitirnos al poder que tiene la Iglesia, como instituto hierocrático, y que consiste en la capacidad de producir y distribuir bienes religiosos, impidiendo este ejercicio a los demás; donde los clérigos serían el grupo o el sector eclesial con esta capacidad, en oposición a un laicado que existiría más bien como consumidor de los bienes religiosos que los primeros producen y distribuyen.

Los sacerdotes con su discurso, en este caso, legitiman una posición privilegiada ya que constituyen el canal de comunicación entre la institución y los seculares. G. Lensky afirma que el poder del clero se debe fundamentalmente a dos factores: a la actitud de los seculares, quienes dan por aceptado el liderazgo de los sacerdotes y están dispuestos a acatar sus ideas y propuestas; y al respeto por esa profesión que se relaciona con el lugar que ocupa el clero como portador de mensajes para la población.¹⁰

El papel clave que los clérigos desempeñan es explicable también por las funciones que cumplen, ya que controlan la información y el sa-

ber, se consideran la única fuente de interpretación de la palabra de Dios y por ello los poseedores de la revelación divina; controlan los símbolos rituales a los que el laico rara vez tiene acceso tales como atuendos sacros, objetos de culto, espacios al interior del templo, lenguaje verbal y no verbal utilizados durante la ceremonia eucarística y el derecho de “conjurar” el universo religioso mediante fórmulas y actos litúrgicos. Sin embargo, el recurso decisivo de su poder es la capacidad que tiene para permitir o no la existencia de un grupo organizado de laicos en su parroquia, para legitimar o deslegitimar las nuevas propuestas religiosas, sean de prácticas o de creencias, para descalificar a los dirigentes y el conocimiento que éstos posean; para, finalmente, discernir si lo que sucede durante las reuniones de “renovados” es verdadero o no, “o sólo son cuestiones psicológicas”.

El discurso laico

Ahora bien, ¿qué dicen los líderes laicos de los sacerdotes “no renovados”? El caso de los líderes de la Renovación en esta ciudad nos permite observar que el campo donde los laicos aceptan el liderazgo del clero empieza a ser limitado y su capacidad como intermediarios de la divinidad es cuestionado.

Dentro del Movimiento de Renovación Carismática se menciona continuamente que el conocimiento intelectual es un impedimento para poder “recibir el bautizo en el Espíritu Santo”, por ello, dicen los laicos, los sacerdotes son incapaces de entender y sentir las manifestaciones extraordinarias otorgadas por esta entidad divina y cuando llegan a hablar de los carismas “lo hacen sólo de palabra, pues no han vivido la experiencia”.

Hay gente que aunque hable muy bonito porque ha estudiado en Universidades de Roma o porque ha leído muchos libros, no nos llega al corazón y es porque sus palabras no tienen el ardor del Espíritu Santo y así no sirve para nada lo que nos diga (*Diario*, 2-II, p. 99).

De esta manera, los seculares descalifican a los sacerdotes y ven en su preparación intelectual el mayor impedimento para que ellos los

dirijan en “cuestiones y experiencias del espíritu”. Claro que quien emite tal discurso siempre es un laico que tiene un puesto de dirección dentro del grupo carismático.

Conozco sacerdotes que tienen 30 años haciendo su plan de pastoral, 30 años de ver como van a salir a evangelizar, hacen reuniones, elaboran materiales [...] pero todo eso es inútil porque les falta lo principal, Juan Pablo II le llamó el protagonista principal, les falta el poder del Espíritu Santo (*Diario*, No. 1-I, p. 75).

No debemos olvidar que la preparación intelectual, el saber especializado en el caso de los sacerdotes, es un elemento de poder, inherente al cargo y a la institución que se representa; un elemento que es susceptible de ser controlado por aquellos que lo poseen y al cual no tienen acceso el común de los fieles.

Ahora bien, el haber recibido el “Bautizo en el Espíritu Santo”, el poseer uno o varios dones y el sentirse apoyado por un gran número de individuos hace que los líderes¹¹ de la Renovación Carismática de esta ciudad disuelvan sus viejos patrones de percepción sobre la autoridad del sacerdote como “vicarios de Cristo”. Una fuerza superior al mismo sacerdote les hace partícipe de lo que Dios le había prometido al pueblo de Israel; y algo muy importante, no necesitan intermediarios para “gozar del reino, el sacerdocio y la santidad”.

Somos profetas porque proclamamos la palabra de Dios, profeta es el que habla en nombre de Dios, el que habla de Dios a los hombres y el que habla de los hombres a Dios. Profeta es el que ha tenido un encuentro personal con Dios; somos sacerdotes porque le entregamos y levantamos este mundo como una hostia para ofrecérsela a Dios, somos reyes porque tenemos autoridad para pararnos ante los demás y hablarles, Dios nos ha hecho pueblo de reyes; y como sus hijos él nos dio derechos sobre todo lo que él ha creado (*Diario*, No. 3-III, p. 33).

La autoridad del líder en el Movimiento de Renovación se basa no en el carácter sacro de la tradición ni en la legalidad o racionalidad de su función, sino en la posesión de un don que les ha sido otorgado por la divinidad de una manera extraordinaria; sobre todo porque estos do-

nes sobrenaturales les han sido conferidos en cuanto son necesarios para colaborar en la misión religiosa de “renovar” a la Iglesia Católica.

En cuanto poseedores, los líderes se convierten en los intermediarios de “la gracia de Dios”; son los intérpretes de los “designios” que la divinidad envía a los hombres y también los traductores de las peticiones de los creyentes (porque según un líder “los hombres muchas veces pedimos cosas que en lugar de ayudarnos nos impiden avanzar en el camino de Dios”). El poder de los dirigentes también tiene que ver con los valores que crea y propone, en una fe y una praxis nuevas, vividas como algo radicalmente diferente con respecto a los “demás católicos”; la eficacia de este poder se trata de demostrar sobre todo, en el ámbito simbólico y en las prácticas rituales en donde se “escenifica” un proceso de ruptura y reconstrucción del cosmos personal, social y religioso. Aunado a esto, encontramos que el grupo carismático se presenta como un marco de referencia y de pertenencia nuevos, lo que hace que los adeptos se congreguen con mayor énfasis alrededor de la cabeza del grupo.

La relación de autoridad entre los fieles y el líder no se presenta como un acto de pasividad, sino como un proceso activo en el que todos los miembros participan en la re-creación de los símbolos; un ejemplo de ello lo podemos observar en las asambleas de oración, en donde el líder dirige las peticiones a la divinidad, pero la oración colectiva es la que hace posible el contacto con la fuerza suprema. A diferencia de lo que sucede durante el ritual institucionalizado tradicional de la ceremonia eucarística, en donde el creyente es, y se autoconsidera, receptor pasivo frente al sacerdote quien tiene manejo y dominio total sobre los símbolos sagrados.

Consideraciones finales

En este estudio de caso, podemos observar cómo el Movimiento de Renovación Carismática de una ciudad del bajío zamorano ha dado lugar a que lo “religioso” se convierta en una arena de redefinición de prácticas, relaciones y creencias; de cuestionamientos y de conflictos entre individuos y estructuras de poder. Además, ha creado la coyuntura y el espacio necesarios para la aparición de un grupo de laicos que

buscan situarse en un nuevo contexto de poder al interior de la Iglesia Católica para cambiar el tipo de relaciones sociales y de poder que media entre la religión institucional (con una autoridad burocrática) y un grupo de creyentes que ahora se conciben de manera diferente por la posesión de dones sobrenaturales que les confiere una autoridad carismática. Un grupo que desarrolla y recrea un nuevo contenido referencial de identidad, el de ser católico, pero “renovado”, que busca la reformulación, o quizá sería mejor decir, la creación, de una nueva relación entre los clérigos y los seglares y entre los laicos y la divinidad (sin más intervención que el “bautizo en el Espíritu Santo”). Un grupo de dirigentes que ahora son receptores participativos y, sobre todo, críticos del discurso y autoridad eclesiástica, actitud que tiene sus antecedentes más inmediatos en la religiosidad popular en donde la figura del sacerdote no es imprescindible para entablar contacto “directo” con la divinidad.

Mis datos de campo me permiten plantear que el Movimiento de Renovación podría ser el espacio en el que los sacerdotes estarían, paulatinamente, dejando de ser la única y exclusiva “palabra autorizada” para hablar con y de Dios, ya que los laicos renovados creen tener comunicación directa con Dios (es decir, sin la mediación de un individuo “autorizado” –sacerdote– ni de un espacio institucional-Iglesia).

De ser así, estaríamos frente a dos grupos cuyos dominios de saber (y poder) se encuentran confrontados y que, en el caso del dominio de los renovados, representa la oportunidad de cuestionar la capacidad “incuestionable” de dirección de la jerarquía católica.

Bibliografía

- DÍAZ DE LA SERNA, Cristina, *El Movimiento de la Renovación Carismática*, México, UAM-I, 1985.
- DE LA ROSA, Martín, “La Iglesia católica en México”, en: *Cuadernos políticos*, No. 19, enero-marzo, México, 1979.
- FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1980.
- *Historia de la sexualidad*, Ed. S. XXI, México, 1983.
- *Vigilar y castigar*, Ed. S. XXI, México, 1993.

- MARROQUÍN, Enrique, *La Iglesia y el poder*, México, Ed. Dabar, 1993.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos (coord.), *Religiosidad y política en México*, México, Universidad Iberoamericana, 1992.
- WEBER, Max, *Economía y Sociedad*, México, FCE, 1983.

Notas

1. El título hace referencia a una idea importante que se utiliza en el discurso de los dirigentes de la Renovación Carismática Católica de la ciudad de Zamora, Mich., en éste se dice que “todos, por el bautizo, somos hijos de Dios, profetas, sacerdotes y reyes”. También trato, con él, de subrayar uno de los puntos de conflicto entre un grupo de líderes laicos que cuestiona el papel de los clérigos que están al frente del Movimiento de Renovación en esta población.
2. Para mayor información sobre su establecimiento y desarrollo en México puede consultarse el trabajo de Ma. Cristina Díaz de la Serna, *El Movimiento de la Renovación Carismática*, México, UAM-I, 1985.
3. Es necesario aclarar que el discurso de los líderes laicos se expresa en dos ámbitos diferentes: uno, el privado, es explícitamente una censura y se externa sólo en compañía de los otros dirigentes; el público nunca es abiertamente una desaprobación y se utiliza generalmente durante las reuniones masivas (asambleas de oración, cursos, encuentros, etc.). En ambos podemos observar un elemento común, que es la crítica a los sacerdotes no renovados por su falta de capacidad de evangelización, para dirigir grupos carismáticos y para tener “un entendimiento de las cosas del espíritu”. En este escrito sólo nos abocaremos a presentar el discurso privado que se obtuvo en las entrevistas realizadas durante nueve meses de trabajo de campo en la ciudad de Zamora, Mich., con varios dirigentes laicos del Movimiento.
4. Weber, M., *Economía y sociedad*, FCE, México, 1983, p. 45.
5. Entendiendo por recursos de dominación los medios (cualidades y posesiones) que le permiten a un individuo o grupo imponer su voluntad frente a otros, (cfr. Weber, *op. cit.*).
6. Veáanse: *Microfísica del poder*, Madrid, Ed. La Piqueta, 1980, *Historia de la sexualidad*, México, Ed. S. XXI, 1983 y *Vigilar y Castigar*, México, Ed. S. XXI, 1993.
7. Entendiendo vicario como “el que funciona en lugar de...”
8. Cfr. Foucault, M., *Vigilar y Castigar*.

9. Marroquín, Enrique, *La iglesia y el poder*, México, Ed. Dabar, 1993, p. 72
10. Citado en Martínez Assad, Carlos (coord.). *Religiosidad, y política en México*, México, Universidad Iberoamericana, 1992, p. 204.
11. Entiendo por líder: el individuo que dentro de un grupo detenta tal posición de poder que influye en forma determinante en las decisiones de carácter estratégico; poder que se ejerce activamente y que encuentra su legitimación en su correspondencia con las expectativas del grupo.